

Historia de un Mito

Corazones Rojos. Biografía no autorizada de «Los Prisioneros»
Freddy Stock. Editorial Grifibro, Santiago, 1999. 261 páginas.

POCAS son las figuras locales de la música que hasta ahora han despertado tanto fascinismo en el público como «Los Prisioneros», movilizando a miles por sobre cualquier traba —y hubo muchas— y de distinta índole —a estadios, gimnasios y recintos techados de modesta envergadura. Detrás de los lucos y los aplausos se escconde, sin embargo, una verdadera tragedia griega, de esas con alegrías, dolores y antagonismos intensos, según se describe a través de las páginas de Corazones rojos, primer libro del periodista Freddy Stock.

A partir de una serie de entrevistas a familiares y amigos reconstruye la historia de «Los Prisioneros» desde los tiempos del Liceo 6 de San Miguel, en 1979, hasta la disolución del conjunto en 1991. Algo más de una década, pero no cualquiera, ya que se trata de los últimos años del gobierno militar y, por lo tanto, de las protestas y de la posibilidad de una vez más cercano del retorno a la democracia.

Desde el punto de vista de los contenidos, esta biografía tiene el mérito de estar contada como una novela, donde el narrador —por su condición de omniscente— —después del descubrimiento los pensamientos y emociones de Jorge González, Claudio Narea y Miguel Tapia en cada circunstancia relevante. Por el dominio que el autor tiene sobre los hechos, se permite la licencia de alterar la secuencia de los mismos, recurso en el que a veces tropieza. También se permite insertar diálogos, proporcionando de vez en cuando una oportuna cuota de suspense.

Lo de «no autorizada» se explica porque hay informaciones que no fueron confirmadas o desmentidas por los tres personajes protagónicos de esta

historia, a quienes no se entrevistó. Entre las versiones no oficiales destaca una, según la cual el alejamiento de Claudio Narea del grupo —que se oficializó en marzo de 1990, siendo reemplazado por Cecilia Agusay— se justificaría no por «diferencias artísticas», sino por el affaire que González sostuvo con la esposa de aquél. Al describirse el engaño ambos se enmascararon, tocando sus relaciones al máximo con las consecuencias conocidas por todos. Sin Narea, el espíritu de la banda se resintió, lo cual apresuró el giro conceptual de las nuevas canciones.

Otra verdad no oficial se refiere al millonario contrato entre Jorge González y el sello EMI, ne-

gociado en secreto a principios de 1992 y que se robó en abierto, en Inglaterra. Gracias a él, los cuatro discos que debería publicar el solista en seis años se distribuirían en Estados Unidos, Europa, México y Latinoamérica. Nunca antes un artista nacional había hecho un negocio tan auspicioso.

Un aspecto que puede distraer del objetivo central es la tendencia del autor a la digresión, aunque no alcanza a transformarse en un armazón en su contra. Asimismo, concentra su entusiasmo en Jorge González, en menor medida en Claudio Narea y, aún mucho menos, en Miguel Tapia. Como detalle de éste ni siquiera se consigna su fecha de nacimiento o el nombre del proyecto musical que creó tras el fin de «Los Prisioneros».

Aunque la discografía del grupo aparece comentada dentro del libro, se ocha de monos su disposición más esquemática, a modo de ficha, para facilitar la búsqueda rápida de los álbumes publicados a lo largo de su trayectoria, que son «La voz de los 80» (1984), «Patando piedras» (1986), «La cultura de la basura» (1987), el menos difundido en Chile y el último grabado en nuestro país, «Los Prisioneros» (1988), con canciones de sus dos primeros discos: «Corazones» (1990) y «Ni por la razón ni por la fuerza» (1992), compilatorio que incluye un par de temas inéditos.

Paradójicamente, sus imágenes compuestas contra el sistema económico y político fueron más adoradas por los oyentes que de cuya «cultura» y posterior decadencia se metaban —que por los productores, al que critican su público.

La biografía de Freddy Stock es, a fin de cuentas, un libro que debe leerse, pues ayuda a comprender el interesante fenómeno musical y sociocultural que representó esta banda del nuevo rock chileno, integrada de la clase obrera.

Antonio Muñoz B.

♦ ♦ ♦

... No te conformes con mirar, en los '80 tu rol es eterno
tienes la fuerza, eres actor principal
de las catatas de nuestras ciudades surge la piel
que vestirás el mundo
Va viene la fuerza, la voz de los '80
Escucha el mundo... algo se viene venir...
(«La voz de los 80»)

Texto Escogido

El Irio se tenía nombre porque descharraon actuaciones en fiestas. La idea era tener un grupo que diera una sensación así que su dueño decidió darle a la obra. Una noche de fiesta Jorge y Miguel fueron a la casa de Claudio con la idea de solucionar el problema. Comenzaron a cantar, alrededor de la manzana de la villa crearon su nombre. Pintaron varios, incluso unos impracticables como Abreto o Los Criminales. Se pionaron bajo un poste a un costado de la Panamericana. De ahí se vieron los bloques de edificios fríos y apretujados de la vereda del frente, con sus fachadas sin pintura y la ropa colgando por la ventana. La sombra de los tres se recordaba en el pavimento en una figura macabra e impotente. «Mira, podía ser así la cara de nuestro disco». La imagen fantasmagórica de la sombra en el suelo era realmente caótica, daba la sensación extraña de libertad ilimitada, pero también de tristeza y encierro. «Llamémoslos Los Prisioneros», sugirió Miguel. Su entusiasmo fue aclamado. Los Prisioneros, bien pensado. Me gusta. A mí también.

Historia de un mito [artículo] Antonio Muñoz B.

Libros y documentos

AUTORÍA

Muñoz B., Antonio

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Historia de un mito [artículo] Antonio Muñoz B. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile